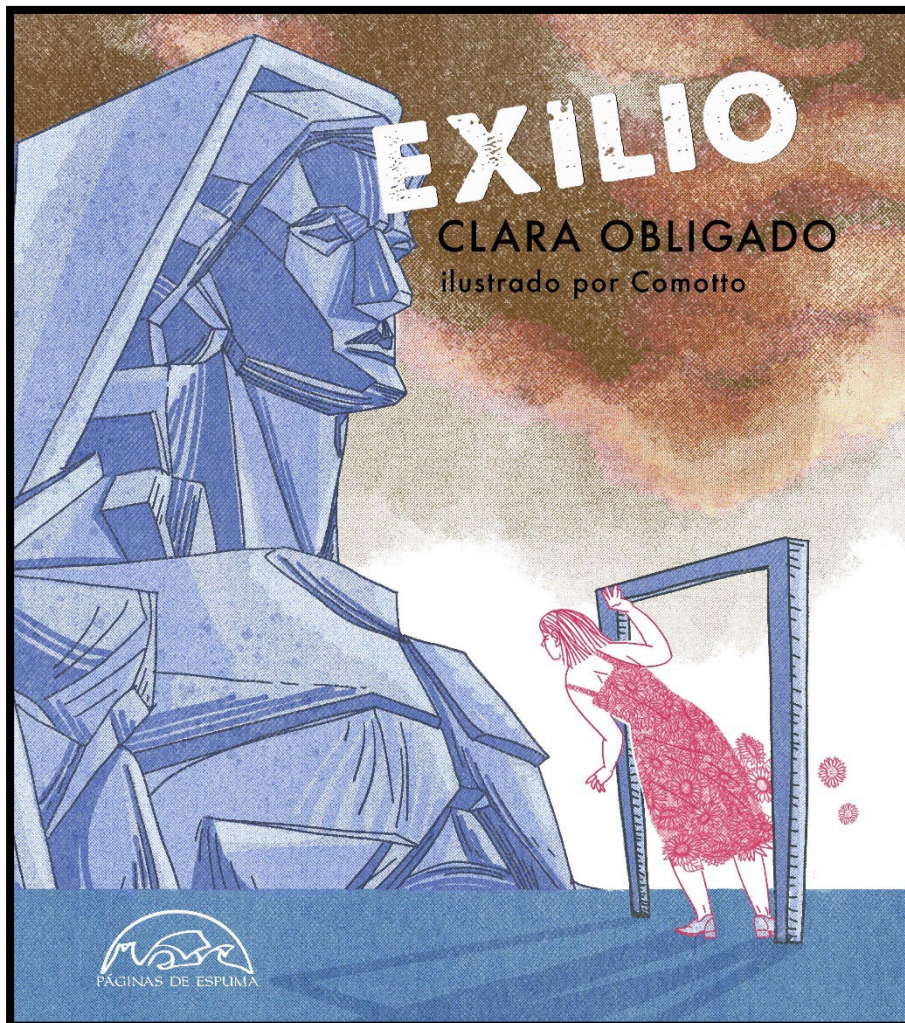


Clara Obligado

EXILIO

Ilustraciones de Agustín Comotto



Editorial Páginas de Espuma
+34 91 522 72 51 || prensa@paginasdeespuma.com
Información: www.paginasdeespuma.com



Biografías

CLARA OBLIGADO nació en Buenos Aires. Exiliada política de la dictadura militar, desde 1976 vive en España. Es licenciada en Literatura, y ha dirigido los primeros talleres de Escritura Creativa que se organizaron en este país, actividad que ha llevado a cabo para numerosas universidades y diversas instituciones y que realiza de forma independiente.

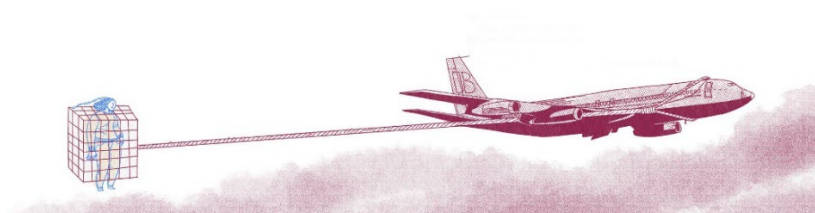
En 1996 recibió el premio Femenino Lumen por su novela *La hija de Marx* y en 2015 el premio de novela breve Juan March Cencillo por *Petrarca para viajeros*. Ha publicado con Páginas de Espuma las antologías *Por favor, sea breve 1 y 2*, señeras en la implantación del microrrelato en España, y los volúmenes de cuentos *Las otras vidas*, *El libro de los viajes equivocados* (que mereció el ix Premio Setenil al mejor libro de cuentos de 2012), *La muerte juega a los dados* y *La biblioteca de agua*. Tiene numerosos libros de ensayo, entre otros, *Una casa lejos de casa. La escritura extranjera* y, el más reciente, *Todo lo que crece. Naturaleza y escritura*, publicado en esta misma editorial. Es colaboradora en medios periodísticos y su obra ha sido traducida a diferentes idiomas.

AGUSTÍN COMOTTO es ilustrador e historietista. Comenzó a publicar en la revista argentina Fierro a finales de los 80. Estudió dibujo con Alberto Breccia y Leopoldo Durañona y, después de publicar en diversos medios argentinos, se traslada a vivir a

Barcelona a comienzos del 99. Combinando su trabajo como ilustrador y autor en el área infantil, publica libros de su autoría en diferentes países como Francia, Italia, México o Corea. En el año 2001 gana el premio A la orilla del viento del Fondo de Cultura Económica de México por el libro *Siete millones de escarabajos* que, al año siguiente, fue mención White Raven de la Biblioteca de Munic (Alemania). Ilustra para la editorial Nórdica diversos clásicos de la literatura como *20000 Leguas de viaje submarino* y *De la tierra a la luna* de Jules Verne, *La muerte de Iván Illich* de Lev Tolsói, *Cosas aparentemente intrascendentes* de Pere Calders o *La Caída de la casa Usher* de Edgar Allan Poe. Para la misma editorial ilustra el libro de Jesús Marchamalo sobre las exploraciones polares, *La conquista de los polos* y un *Atlas de la literatura universal* realizado por diversos autores. En 2017 publica *155*, novela gráfica sobre la vida de Simón Radowitzky que se edita en Francia, EEUU, Argentina y Alemania. Realiza para la editorial Memòria dibuixada del Memorial Democràtic de Catalunya el libro *Llibres contra bombes (història d'un Bibliobús)* con texto de Carles Duarte. Su último trabajo como autor es *El peso de las estrellas*, vida del anarquista Octavio Alberola, editado por Raig Verd, donde realiza un trabajo de investigación histórica prescindiendo de la ilustración. Paralelamente a su trabajo de ilustración realiza charlas para niños sobre el oficio de contar con imágenes.

Acerca de *Exilio*

El 24 de marzo de 1976 supone una fecha oscura para Argentina y, por extensión, para la democracia en Latinoamérica y el resto del mundo. El Golpe de Estado por los militares argentinos forzó a miles de persona al exilio y a partir de ahí construyeron diversos caminos y otras vidas atrapadas en un no poder volver y un nunca llegar. Algunas de estas personas perdieron familiares y amistades: la desaparición como instrumento abyecto que refuta la pérdida de alguien de quien no te puedes despedir. En este movimiento de orillas, de existencias, un libro indispensable para entender las entrañas y las miradas de quienes han vivido, viven y vivirán en el exilio.



Entrevistas

Clara Obligado

Comencemos. Tiene poco más de veinte años y vive en Buenos Aires. Corre el año de 1976. ¿Qué comparte con nosotros?

En el libro estoy compartiendo mi exilio, el día en el que llegué a Madrid, y también otros exilios y situaciones posibles de gente a la que conocí y escuché. Gente con la que viví. Es una historia no contada, porque el exilio en España en general se narró desde los que llegaron y ya tenían un nombre, en general, artistas o intelectuales, cuando la gran mayoría estaba formada por gente que no había cumplido los 30.

Otras vidas. Viajes equivocados. Una casa lejos de casa. Y sin embargo todo crece. Y además, mujer, extranjera... ¿qué es ser una exiliada?

Ser exilada es que te hayan partido por la mitad. Es haberlo perdido todo, menos la vida. Es saber que no hay retorno posible. Es, poco a poco, convertirte en una extranjera para toda la vida. El exilio se termina, cuando termina la situación que lo provocó. El corte, en cambio, sigue para siempre. Es, también, un punto de vista privilegiado que nos ayuda a entender en carne viva el mundo de hoy. Es un lugar desde el que se puede pensar y escribir.

Su historia representa muchas historias, no solo argentinas. De todo un continente latinoamericano que sufrió dictaduras durante la segunda mitad de siglo XX. Su historia sacude silencios y omisiones, las de una generación doblemente desaparecida. Nos interesa mucho que profundice en esta reflexión.

Con el paso del tiempo, fui aprendiendo que el exilio no se termina nunca, ni siquiera cuando ya puedes ir y venir a tu país de origen, ni cuando la nostalgia se ha terminado, al menos la nostalgia más virulenta. Sé que siempre, y de alguna manera, siempre voy a estar excluida. ¿Dónde está, por ejemplo, la generación de escritoras que me corresponde por edad y por circunstancias vitales? ¿A qué grupo pertenezco? No soy española, ni tampoco del todo argentina. No hay grupo de pertenencia porque nadie te incluye del todo. Creo que sobre este punto tenemos que reflexionar. En realidad, somos la generación de los y las que se tuvieron que ir a causa de la violencia, y eso no es solamente un problema nacional, sino mundial. Somos una generación que cuestiona las fronteras. Y eso, cualquiera lo sabe, tiene un precio. Claro que también las fronteras tienen un precio, y altísimo.

En cuanto a la sensación de no pertenecer del todo a ninguna parte, creo que nos une a grandes grupos que hoy viven la diáspora por distintas razones: económicas, racistas, por la crisis del clima, las guerras, etc. Etc. No sólo en latinoamérica. También España tiene esta experiencia, y debería de ser más sensible con la historia del exilio. Yo misma he pensado muchas veces qué poco comprendía, cuando vivía en Argentina, a toda la gente que se había tenido que expatriar a causa de la pobreza o las guerras.

Hoy en día, el capitalismo salvaje también hace de los emigrantes víctimas propiciatorias, el enemigo que necesita para poder desarrollarse. Siento mucha empatía por estos grupos de desplazados, he vivido en carne propia lo que significa una persecución. Y, desde este punto de vista, considero que es una perspectiva muy propia de la modernidad más actual. ¿Qué literatura podemos producir? ¿En qué

idioma va a escribirse? ¿Estamos avanzando hacia posturas más mestizas? ¿Qué cambios nos esperan? En realidad, el exilio es un punto de vista doloroso, pero también apasionante.

En este siglo XXI que parece empeñado en olvidar o en blanquear la memoria, es más que necesaria una voz como la suya. ¿Qué se le puede decir a las nuevas generaciones que creen y asumen que algunos sucesos capitales son radicalmente otros?

Está aquella frase tan conocida que dice “un pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla”. Ahí está el peligro. Diría que tenemos que poner más énfasis en la educación y transmisión de nuestro pasado más próximo. No son los jóvenes los culpables. Al menos en España nunca se ha trabajado cabalmente el tema de la memoria, y no digo nada nuevo señalando esto. Y eso se paga con un precio difícil de predecir.

Cuando empecé a escribir “Exilio” pensé justamente en eso. ¿Qué puedo sumar yo a este aniversario, los 50 años del golpe cívico-militar en Argentina? Desde mi modesto trabajo de escritora, ¿qué me faltaría decir? ¿Puedo colaborar en algo, en la construcción de la memoria? Esa es mi responsabilidad. El formato elegido también es interesante. Al ser un libro ilustrado, y un texto breve, es más fácil que tenga una buena difusión, y elegí para acompañarme a Agustín Comotto, que tiene una historia y una sensibilidad análogas a la mía.

Háblenos de la ilustración de Agustín Comotto y cómo siente que conviven ambos lenguajes de la palabra y de la imagen.

No es este mi primer trabajo con Agustín Comotto, una persona a la que aprecio y un artista al que admiro, para mí era un regalo trabajar con él. No hablamos casi y, al comentarle el proyecto, le aclaré que no iba a interferir en lo que él fuera dibujando. Y así fue. Agustín trabajó desde su sensibilidad que, en algunos sentidos, es muy diferente a la mía: es más joven, es un hombre, sus circunstancias de exilio fueron muy diferentes y es posible que no coincidamos en algunas miradas sobre la política. Por eso, justamente, me interesaba trabajar con él, porque no iba a afianzar lo que yo pensaba, sino que iba a aumentar con su punto de vista mi punto de vista.

Cuando empezaron a llegar las imágenes me conmocionaron. Como siempre me pasa con él, tardé en comprender cabalmente todo lo que estaba diciendo, pero generó en mis nuevas cadenas de imágenes que luego incluí en el libro. Podría decir que sentí que él leía conmigo el texto, que lo escribíamos juntos y que, de alguna manera, yo dibujaba con él.

Terminemos. Tiene más de setenta años y vive en Madrid. Corre el año de 2026. ¿Qué comparte con nosotros?

En este momento, y viviendo, como vivo, en la Puerta del Sol, podría decir que Madrid me mata, se ha convertido en un circo turístico donde todo es mercado y no en esa ciudad entrañable, casi pueblo, a la que llegué hace casi 50 años. Hay cosas que han ido, obviamente, a mejor. Creo que soy una testigo bastante peculiar del avance de la democracia en este país, llegué al año de muerto Franco, y eso lo recupero también en mi libro. Tengo, por ejemplo, en la zona en la que vivo, mucha memoria de lo que pasó en la última mitad del siglo. Se dice rápido, pero he vivido en esta ciudad medio siglo. Así y todo, me siguen considerando extranjera.

Y vuelvo a una de las ideas del libro: el exilio no se termina jamás.

Agustín Comotto

¿Cómo se enfrenta a la creación de este libro partiendo de una realidad que conoce bien: el exilio y sus consecuencias?

Leyendo varias veces el texto de la autora, buscando elementos que me representen y que, al mismo tiempo representen -sin hacer cacofonía- la narración. Hay bastantes puntos en común entre el exilio contado por la autora y el vivido por mí siendo niño.

Por un lado, la ilustración, por otro la palabra. Ambas orillas de un mismo cauce. ¿Cómo ha enfrentado a la labor de “navegar” por este texto de Clara Obligado?

A través del simbolismo. Hay diferentes niveles simbólicos en la narrativa gráfica que he empleado en Exilio; uno universal y otro, quizás, más dirigido a cierta idiosincrasia histórico-geográfica de los argentinos.

Y lo mejor de todo, el simbolismo evoca de forma diferente en cada uno que observa las ilustraciones. Lo que yo pienso que expreso como autor no tiene nada que ver con cada lector en particular porque este puede interpretar de manera impensada la imagen.

Sabemos que parte de la estética de su trabajo en Exilio está inspirada en la arquitectura de Francisco Salamone. ¿Nos explica los motivos?

Francisco Salamone, en mi imaginario tiene todo lo que representa la construcción de un Estado desde el punto de vista de la oligarquía diseñadora, allá por 1890, de la República Argentina. Es autoritario y occidental —Salamone fue un convencido fascista, así como muchos de sus clientes— y representa un proyecto de orden y progreso que imbricó muy bien en el terrateniente de la provincia de Buenos Aires y la Pampa. La obra de Salamone está representada en cementerios, mataderos y municipalidades (ayuntamientos). Es interesante el valor simbólico que tienen esos tres lugares en cuanto al imaginario de un país. Al día de hoy, su obra está en ruinas, un poco como el proyecto de la República. Fue un proyecto megalómano, autoritario y ruinoso. Sus edificios me iban muy bien para representar eso, que creo fue el proyecto genocida de la última dictadura y que generó el exilio que se cuenta en el relato.

El resultado de su obra, ¿qué nos determina a mirar?, ¿qué nos obliga a no pasar por alto?

No lo sé. Eso lo debería determinar cada lector. Porque, si el resultado de lo que quiero expresar se impone como los edificios de Salamone, mi trabajo es un fracaso. No quiero determinar nada, salvo denunciar cómo nos trataron de imponer un proyecto fascista y casi acaban con todo lo que a mí me interesa de cualquier proyecto colectivo, que debe representar a todas las personas implicadas. Eso sin olvidar los muertos, que no fueron pocos.

Por otra parte, en cuanto al exilio como experiencia traumática, tan solo trato de llegar a algo dérmico con el lector y el relato; una especie de límite que tiene la imagen (el texto también) a la hora de contar lo que solo lo vive y percibe un exiliado. Es difícil de conseguir ¿Cómo contar las ausencias? ¿Y las diferencias personales en cuanto a uno y el nuevo entorno a dónde llega exiliado?

Si tan solo llego con una ilustración a algo cercano a alguna respuesta, el trabajo para mí ya está hecho.